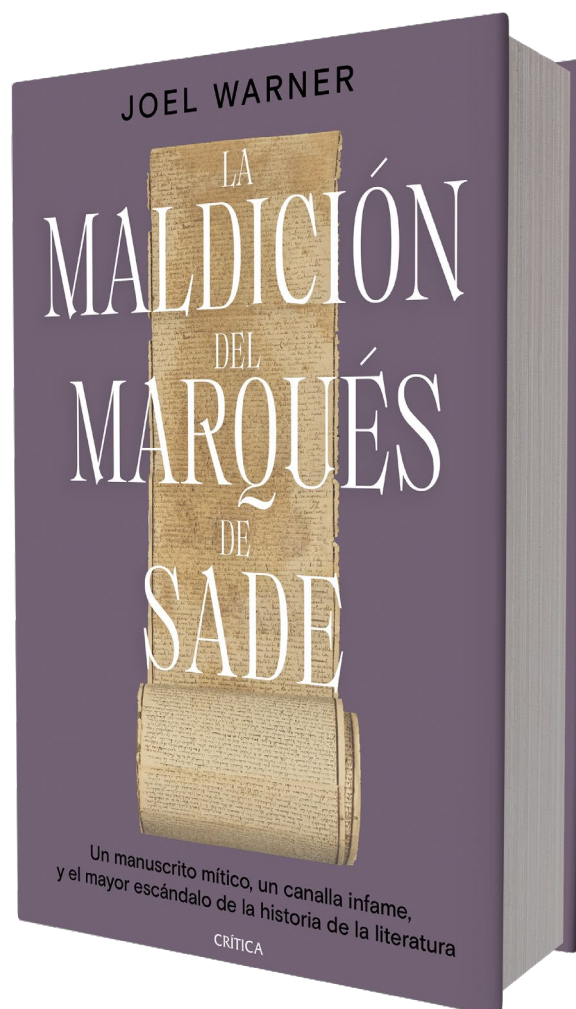


CRÍTICA

JOEL WARNER
**LA MALDICIÓN
DEL MARQUÉS
DE SADE**

Un manuscrito mítico, un canalla infame y el mayor escándalo de la historia de la literatura

Traducción de Efrén del Valle



A LA VENTA EL 22 DE NOVIEMBRE

***MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN**

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:
Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

659 45 41 80 / laia.barreda@planeta.es

SINOPSIS

Repleta de engaños y escándalos, *La maldición del marqués de Sade* entreteje la odisea arrolladora de una obra que algunos han descrito como «el evangelio del mal».

Una mañana de noviembre 2014, dos semanas antes del bicentenario de la muerte del marqués de Sade, veinte policías de paisano salieron de entre la niebla y atravesaron las imponentes puertas rojas del gran Museo de Cartas y Manuscritos de París. El hombre al que buscaban era Gérard Lhéritier, el «rey de los manuscritos», acusado de hundir la industria anticuaria francesa con una presunta estafa piramidal valorada en cientos de millones de euros. Lo que precipitó la caída de este empresario fue una cosa diminuta de poco más de diez centímetros de ancho: un ajustado pergamino de escritura tan minúscula que es casi imposible de leer. Una obra que, según algunos, incluido Lhéritier, está maldita.

Joel Warner nos relata la trepidante historia de este manuscrito, *Los 120 días de Sodoma* o la escuela de libertinaje, escrito por Sade durante su estancia en la prisión de la Bastilla. Este aristócrata del siglo XVIII había emprendido una campaña de caos y libertinaje por toda Francia. Tras la toma de la Bastilla, el manuscrito original empezó su aventura: una odisea a lo largo de varios siglos por toda Europa, pasando de coleccionistas de libros prohibidos en el siglo XIX a investigadores sexuales pioneros y artistas de vanguardia antes de ser escondido de la quema de libros nazi y llegar, posteriormente, a manos de Lhéritier.

EL AUTOR



©Evan Semón

JOEL WARNER es escritor y editor. Sus trabajos han aparecido en *Esquire*, *Wired*, *Newsweek*, *Men's Journal*, *Bloomberg Businessweek*, *Popular Science*, and *Slate*, entre otros. Actualmente es jefe de redacción del medio de noticias de investigación *The Lever* y anteriormente trabajó como redactor en *International Business Times* y *Westword*. También es coautor de *The Humor Code*. Vive con su familia en Denver, Colorado.

EXTRACTOS DE LA OBRA

Prólogo

«El ocupante de la celda era uno de los delincuentes más impopulares de la Francia del siglo XVIII. Se había pasado el grueso de sus cuarenta y cinco años de vida deleitándose en la depravación: participando en actos blasfemos con una meretriz, torturando a un vagabundo, envenenando a prostitutas, escondiéndose en Italia con la romántica compañía de su cuñada, encerrando a chicas y chicos en su castillo para satisfacer sus deseos sexuales y sobreviviendo por poco a un balazo en el pecho. Durante años había esquivado a la ley: escapó de una prisión alpina, eludió una redada militar en su casa, se zafó de las garras de un escuadrón de policía y evitó su ejecución pública. Se llamaba Donatien Alphonse François de Sade, pero casi todo el mundo lo conocía como el marqués de Sade.»

«Los expertos describirían el resultado como «una de las novelas más importantes jamás escritas» y como «el evangelio del mal». La obra se titulaba *Las 120 jornadas de Sodoma o la escuela de libertinaje*. La novela narra la historia de cuatro ricos degenerados — un duque, un obispo, un juez y un financiero— que inician una orgía de cuatro meses para la cual reúnen a treinta y dos subordinados: sus cuatro jóvenes esposas, ocho hombres viriles, cuatro prostitutas ancianas y, como los principales blancos de sus delitos, dieciséis chicos y chicas de doce a quince años, elegidos entre varios centenares de niños raptados de sus hogares. En la narración, los cuatro nobles y su séquito se retiran a un castillo situado en lo alto de una montaña en las profundidades de Europa Central, una ciudadela fuertemente custodiada que lleva el nombre de castillo de Silling. Gracias a las puertas amuralladas, los desfiladeros insalvables y los bancos de nieve impenetrables, no hay esperanza alguna de huir.»

«También está el rompecabezas del propio manuscrito. Sade trabajaba en el texto de siete a diez de la noche, ya que su contenido era demasiado escandaloso como para arriesgarse a ser descubierto de día. Cuando llegaba al final de una hoja, pegaba otra debajo para crear un rollo cada vez más largo. Tras veintidós noches, le dio la vuelta al documento y siguió escribiendo. **El resultado, después de treinta y siete días de trabajo, era un rollo formado por treinta y tres hojas de papel pegadas de un extremo al otro, con tan solo diez centímetros de anchura y casi doce metros de longitud. Ambas caras estaban repletas de palabras — 157.000 en total—**, y el texto era tan diminuto que resultaba casi ilegible sin una lupa. En años posteriores, el rollo se embarcaría en una odisea que lo llevaría por toda Europa a lo largo de varios siglos. [...] Finalmente, en 2014, uno de los hombres más poderosos de Francia compraría *Las 120 jornadas de Sodoma* por siete millones de euros. Su precio lo convirtió en uno de los manuscritos más valiosos del mundo.»

Sade

«[...] la historia de Testard le llamó la atención. Según ella, la víspera, un joven noble le había ofrecido dos monedas de oro por acompañarlo a su *petite maison*, situada en la parte sur de París. Una vez que la hubo encerrado, el hombre le preguntó si creía en Dios. Cuando respondió que sí, él declaró que le demostraría que se equivocaba. Gritó profanidades, se masturbó sobre efigies religiosas, le exigió que pisoteara una cruz, le introdujo hostias consagradas y luego mantuvo relaciones sexuales con ella. En todo momento, la prostituta

gritó: «¡Si sois Dios, vengaos!». Después de llevarla a una habitación llena de instrumentos de flagelación y ornamentos religiosos, le pidió que lo azotara con un látigo llamado gato de nueve colas previamente calentado hasta que las tiras metálicas se pusieron rojas. Señalando una colección de pistolas que había cerca y amenazando con matarla, le ordenó que se azotara a sí misma y que defecara sobre una estatua de Cristo, a lo cual ella se negó. [...] También la obligó a jurar por escrito que jamás desvelaría lo sucedido. Sin embargo, en cuanto fue liberada, Testard acudió a la policía. **Marais y sus compañeros no tardaron en encajar la descripción del abusador con el culpable, un joven que nunca había tenido problemas importantes con la ley: Donatien Alphonse François, un aristócrata de veintitrés años que respondía al nombre de marqués de Sade. [...] Días después del incidente, el inspector detuvo al marqués y lo encerró en la mazmorra de Vincennes.»**

«Los Sade habían hecho fortuna con el negocio textil y mantenían una dilatada asociación con la *noblesse d'épée*, o «nobles de la espada», la clase más antigua y apreciada de la nobleza francesa.»

«Con sus padres casi siempre fuera de escena, Sade admiraba a una figura extremadamente problemática del Hôtel de Condé: el conde de Charolais, tío del príncipe de Condé, se había convertido en tutor del joven vástago tras la muerte de sus padres. En una época en la que la élite de la sociedad solía mostrar conductas degeneradas, las del conde de Charolais destacaban por encima de las demás. Uno de los pasatiempos que más le divertían, por ejemplo, era disparar a los campesinos. Cuando se ponía celoso de su prostituta favorita, los atacaba a ella y a quienes anduvieran cerca. Y, según decían, envenenó al bebé que tuvo con ella y, una vez muerto, declaró: «¡Si esa bebida lo ha matado, ese niño no era mío!». Bajo el tutelaje de Charolais, Sade empezó a aprender lo lejos que podían llegar los aristócratas sin temor a las consecuencias.»

«Finalmente, **el domingo de Pascua de 1768, los impulsos de Sade se descontrolaron.** Aquella mañana, en la Place des Victoires, una concurrida plaza pública del centro de París, el joven de veintisiete años, envuelto en una levita gris y manguitos de lince blanco, se acercó a una viuda llamada Rose Keller, que estaba pidiendo limosna. Sade le dijo que quería contratarla como sirvienta y la llevó a su *petite maison* de Arcueil. Allí, según la declaración de Keller, le arrancó la ropa y la empujó a una cama. Tumbada boca abajo, la azotó hasta sangrar, le hizo varios cortes con un cuchillo y le vertió cera caliente en las heridas. Luego le dio un ungüento para que se lo aplicara en las heridas y la encerró en una habitación. En cuanto Sade la dejó sola, Keller buscó la manera de huir. Logró abrir una ventana, bajó utilizando una cuerda hecha con sábanas y salió corriendo a pedir ayuda. De nuevo, las autoridades detuvieron y encerraron a Sade, esta vez en el Château de Saumur, un castillo medieval del oeste de Francia que se utilizaba como presidio. En esta ocasión, las autoridades querían dar ejemplo a costa de Sade. La gente estaba perdiendo la paciencia con los excesos de la nobleza y exigía medidas severas contra esos comportamientos.»

La obsesión de Sade con el libertinaje lo llevó a sacrificarlo todo — su posición social, su bienestar económico, el apoyo de su familia, su libertad— para mantener relaciones sexuales violentas y abusivas.

«La obsesión de Sade con el libertinaje lo llevó a sacrificarlo todo — su posición social, su bienestar económico, el apoyo de su familia, su libertad— para mantener relaciones sexuales violentas y abusivas. Según escribía: «La pasión de la lujuria será servida. Exige,

milita, tiraniza y, por ende, debe ser apaciguada y, para su satisfacción, todas las otras condiciones son del todo irrelevantes». Le decía a su esposa que tenía un defecto sexual y comparaba su libido con un arco «tenso y bien perfilado»: «Quiero que dispare, pero la flecha no vuela». Ese problema le causaría tal frustración que padecía lo que él denominaba «los vapores», un término que en aquella época hacía referencia a estados psicológicos como la obsesión y la histeria. Cuando por fin se aliviaba sexualmente, experimentaba un orgasmo similar a un ataque epiléptico, con convulsiones y gritos de dolor. Una de las mujeres que acusó a Sade testificó que, cuando alcanzó el clímax mientras la azotaba, soltaba «gritos muy fuertes y aterradores.»»

«Se acercaba el cambio de estación cuando Sade y su mujer llegaron a las cercanías de su finca provenzal acompañados de numerosos empleados del servicio, seis chicas y un chico, todos ellos adolescentes. [...] Al llegar a lo

Se acercaba el cambio de estación cuando Sade y su mujer llegaron a las cercanías de su finca provenzal acompañados de numerosos empleados del servicio, seis chicas y un chico, todos ellos adolescentes.

alto de la árida meseta, la procesión encontró el Château de La Coste. [...] El teatro del castillo estaba listo para acoger las actuaciones que se adecuaban a los caprichos del marqués. En la biblioteca, una extensa colección de literatura erótica esperaba a ser leída con detenimiento. Al otro lado de una puerta oculta, una habitación secreta ofrecía todo un abanico de artilugios sexuales y curiosidades pornográficas. Y al pie de unas escaleras oscuras que conducían a las profundidades de la llanura rocosa estaban los restos de una mazmorra medieval cuya única llave solo tenía Sade.

Los forasteros nunca llegarían a saber exactamente qué ocurrió aquel invierno entre los muros del castillo. Probablemente, Sade ahondó en sus transgresiones pasadas, creando escenas cada vez más extravagantes de violencia, perversión y sacrilegio. Allí, **lejos de la moral de la sociedad y las leyes de la corona, tenía control absoluto sobre una casa llena de jóvenes inocentes.** Y esta vez no habría policías ni familiares indignados. Esta vez no habría límites.»

«Sade también probó suerte como novelista. En verano de 1791, el editor y librero parisino Jacques Girouard publicó una versión anónima de *Justine o los infortunios de la virtud*, una ampliación de una novelita corta que había escrito en la Bastilla. Puesto que el libro era casi tan obsceno como *Las 120 jornadas de Sodoma*, Sade y su editor tenían la esperanza de que se beneficiara de la demanda de ficción pornográfica radical que estaba inundando toda la Francia revolucionaria. [...] Escandalizados, los críticos denunciaron el libro. [...] Reseñas sensacionalistas como estas avivaron el interés ciudadano, y *Justine* se convirtió en un éxito clandestino. [...] **Aunque Sade nunca confesó ser el autor de ese libro ni de sus obras pornográficas posteriores, empezó a trascender la verdad sobre sus orígenes. Estaba labrándose una reputación basada en las transgresiones cometidas sobre la página y no en las que había cometido en otros lugares. Ese fue el primer paso crucial para cimentar su lugar en la historia.**»

Adoptando títulos proletarios como «Louis Sade» y «ciudadano Sade», se convirtió en un miembro activo de su revolucionario distrito parisino.

«Adoptando títulos proletarios como «Louis Sade» y «ciudadano Sade», se convirtió en un miembro activo de su revolucionario distrito parisino. Su implicación no flaqueó nunca, ni siquiera cuando los activistas militantes y un jacobino cada vez más poderoso llamado Maximilien Robespierre asumieron el control del barrio y lo convirtieron en uno de los más radicales de la ciudad. [...] En realidad, solo había adoptado el papel revolucionario de boquilla. Como acto de supervivencia, se había consagrado a su interpretación más ambiciosa, una farsa en la que un error podía ser fatal. **Mientras fingía ser un ciudadano**

modélico de su barrio, trabajaba en secreto para asegurarse de que sus títulos inmobiliarios y archivos familiares no fueran destruidos en la campaña nacional para acabar con los registros genealógicos.»

«Desde su arresto en la oficina de su editor cuatro años antes, Sade había sido prisionero del estado policial instaurado por Napoleón tras asumir el poder. **En el contexto de la represión cultural que clausuró muchos periódicos y teatros de París, las autoridades identificaron a Sade como el autor de las novelas obscenas *Justine y Juliette*. Y lo que era aún peor: creían que Sade había escrito *Zoloé*, una novela anónima que satirizaba a Josefina, la esposa de Napoleón,** señalando que un personaje inspirado en ella disfrutaba de «un ardor por el placer cien veces mayor que [el de sus colegas], una avidez de dinero [propia de un usurero], el cual derrocha con la presteza de un jugador, y un amor vertiginoso por el lujo, lo suficientemente grande como para consumir los ingresos de diez provincias». *Zoloé* estaba lleno del tipo de obscenidades y críticas políticas que abundaban en la obra de Sade. Pero la novela carecía de su precisión mordaz y su inclinación por el nihilismo. Y nunca aflorarían pruebas fehacientes de que la obra había nacido de su pluma.»

«A pesar de estar viviendo una situación cada vez más funesta, Sade se negaba a renegar de los comportamientos que lo habían sumido en tales circunstancias. De hecho, el septuagenario gozaba de los favores de una nueva amante: Madeleine Leclerc, la hija adolescente de una de las enfermeras del hospital, que trabajaba en el manicomio como lavandera. Aquella relación sería aprobada por la madre de Madeleine siempre y cuando esta recibiera un estipendio y fuera tolerada por la otra compañera de Sade, Marie-Constance. Sade enseñó a la niña a leer y escribir, le prohibía asistir a actos sociales y mantenía escauceos sexuales con ella, cuyos detalles plasmó en su diario. Sade no cambió ni en el ocaso de su vida. Sus actitudes y conducta, por viles que fueran, constituían su esencia.»

El pergamino estaba condenado, envenenado por la lógica de su concepción retorcida.

«**En 1975, el director italiano Pier Paolo Pasolini trasladó el libertinaje del castillo de Silling a una república fascista de la segunda guerra mundial en su película *Salò o los 120 días de Sodoma*.** El largometraje, una denuncia del consumismo, la corrupción política y el voyerismo del propio cine, suscitó controversia por sus representaciones gráficas de sexo y torturas, así como por el hecho de que Pasolini, muy crítico con la élite gobernante italiana, fue brutalmente asesinado en misteriosas circunstancias poco después de terminar el rodaje.»

«Thibault creía que, por tanto, Sade había escrito *Las 120 jornadas de Sodoma* con un solo propósito en mente. [...] que, a medida que avanzaba la novela, la historia se volviera cada vez más contundente y espantosa hasta que solo quedara una oleada de horror soporífero. [...] En su opinión, Sade había ideado *Las 120 jornadas de Sodoma* como una prisión.

Para Thibault, el pergamino estaba condenado, envenenado por la lógica de su concepción retorcida. Su idea se veía reforzada por el caos y la miseria que el manuscrito había dejado a su paso en su periplo europeo: fortunas agotadas, relaciones arruinadas, agitación social, robos y disputas legales, soledad y dolor, enfermedad y muerte. [...] Ese mismo día, un incendio accidental en Notre-Dame iluminaría el centro de París con llamas imponentes y consumiría el tejado de la catedral. «El manuscrito», declaró Thibault entre sorbo y sorbo de café, «siempre ha estado maldito».

El rollo

«En los días posteriores a los enfrentamientos de la Bastilla descubrieron en la celda de Sade un objeto metido entre las piedras de la pared: un pequeño pergamino bien enrollado y cubierto de una caligrafía minúscula. En la parte superior aparecía el título: *Las 120 jornadas de Sodoma o la escuela de libertinaje*. Sin duda, el manuscrito figuraba entre las posesiones más preciadas del prisionero, pues lo había ocultado a conciencia.»

«Los coleccionistas de ese mundo eran como cazadores buscando especies raras y míticas en un safari. Las ediciones clandestinas de textos conocidos del marqués de Sade eran presas especialmente atractivas. [...] Dichas obras estaban impregnadas de indicios de peligro. Algunos afirmaban que la conocida novela *Justine* de Sade había sido el siniestro guion de la Revolución francesa y que Maximilien Robespierre, artífice del Reino del Terror, recurría a los escritos de Sade «siempre que consideraba que su lujuria necesitaba verse fortalecida». Un detractor iba más allá y aseguraba que un joven había padecido convulsiones y envejecido veinte años después de leer un libro de Sade.

De joven, **Gustave Flaubert** [...] se obsesionó con la búsqueda de las obras del marqués. Figuras como Sade, le escribió a un colega, «me explican la historia, son su complemento, su apogeo, su moralidad [...] Son hombres grandes e inmortales». El distinguido poeta francés **Charles Baudelaire** opinaba algo parecido, y en su diario señalaba: «Para comprender el mal, uno siempre debe regresar a Sade, esto es, al *hombre natural*.»

«En 1904, ciento diecinueve años después de su creación en una celda, salió de imprenta la primera edición de *Las 120 jornadas de Sodoma*. Los doscientos ejemplares de la novela, concebidos para su distribución exclusiva por suscripción a médicos, abogados, antropólogos y otros expertos en ciencia, tenían un precio de ciento cincuenta a trescientos cincuenta francos, dependiendo de la calidad del papel. Eran artículos de lujo destinados a la élite. En aquel momento, un obrero de París ganaba solo doscientos dieciséis francos al mes.»

«Durante el Bal des Matières, un homenaje al radicalismo, la vizcondesa de Noailles se llevaba aparte a los invitados para mostrarles la última adquisición de la pareja: el rollo de *Las 120 jornadas de Sodoma*. El 29 de enero de 1929 había llegado a Berlín un escritor francés llamado Maurice Heine y, actuando en nombre de los Noailles, gastó diez mil marcos imperiales en la compra del manuscrito a Max Harrwitz, el editor y librero responsable de publicar los libros sobre Sade escritos por Bloch, fallecido aquella misma década. Cinco meses después, residía cual *souvenir* entre los objetos esotéricos de la mansión, junto a

tabaqueras enjoradas y estatuas bizantinas. El nuevo hogar era apropiado para el manuscrito, teniendo en cuenta que ahora estaba en manos de la tataranieta de Sade.»

«Tras un desencuentro entre **Dalí y Buñuel**, tomó las riendas este último. En enero de 1930, el fornido cineasta de cejas pobladas, que poseía la elegancia de una infancia acomodada y la rebeldía de un iconoclasta, se instaló en la casa que tenían los Noailles en el sur de Francia para trabajar en el guion. Cada noche, Buñuel leía a sus mecenas los últimos pasajes. A cambio, ellos le ofrecían inspiración creativa: *Las 120 jornadas de Sodoma*.»

Las 120 jornadas de Sodoma era un tesoro especialmente atractivo, ya que en aquel momento era conocido por su papel protagonista en uno de los casos más famosos de censura del siglo XX.

«En los treinta y siete días de frenética creación de *Las 120 jornadas de Sodoma*, los surrealistas veían un precursor de sus experimentos con la escritura automática, y en las obsesiones pornográficas de Sade percibían los orígenes de la celebración del deseo erótico. **Los surrealistas creaban obras explícitas inspiradas en la vida de Sade y escribían ensayos esotéricos sobre sus teorías, organizaban excursiones a su hogar de infancia en la Provenza y planificaron una orgía de máscaras en una mansión abandonada al estilo de las saturnales del castillo de Silling.**»

«Después de encontrar *Las 120 jornadas de Sodoma* para los Noailles, estos le brindaron acceso al pergamino para que (Maurice Heine) creara una nueva edición de la novela y corrigiera los numerosos errores que había descubierto en la versión de Bloch. Los resultados aparecieron en 1931 y 1935: una «edición crítica» en tres volúmenes de *Las 120 jornadas de Sodoma*. La tirada de trescientos noventa y seis ejemplares fue distribuida mediante suscripción por la Société du Roman Philosophique, una organización privada que fundó Heine para conmemorar la vida del marqués.»

«En ese sentido, *Las 120 jornadas de Sodoma* era un tesoro especialmente atractivo, ya que en aquel momento era conocido por su papel protagonista en uno de los casos más famosos de censura del siglo XX. A finales de los años cuarenta, el editor francés Jean-Jacques Pauvert empezó a publicar las obras completas de Sade, incluyendo *Las 120 jornadas de Sodoma*. A diferencia de impresiones anteriores de los textos de Sade, como la versión que publicó **Iwan Bloch en 1904 de *Las 120 jornadas de Sodoma* y la «edición crítica» de Maurice Heine que se comercializó treinta años después**, esos libros fueron publicados abiertamente y no a través de suscripciones limitadas, e incluían el nombre real del editor y el lugar de publicación: el garaje de los padres de Pauvert. Fue una provocación directa, y las autoridades respondieron llevando el asunto a los tribunales.

En la vista celebrada en diciembre de 1956, Pauvert no fue el único encausado. Como dijo el fiscal del Estado al tribunal: «Quien está siendo sometido a examen es el ilustre y “divino” marqués de Sade transcurridos más de ciento cuarenta años desde su muerte». **Muchos de los intelectuales más apreciados de la época subieron al estrado para defender al marqués, entre ellos los veteranos de la vanguardia Jean Cocteau y André Breton.** Los literatos argumentaron que la obra no solo poseía valor científico, como afirmaba Iwan Bloch medio siglo antes, sino también mérito ético. Sade, dijeron, era un moralizador que sacaba a relucir las verdades oscuras de la condición humana para que la gente pudiera protegerse de ellas. Según la declaración que hizo el filósofo **Georges Bataille ante el juez: «El marqués de Sade fue innovador porque, antes de él, nadie había dicho que los seres**

humanos disfrutaran contemplando el dolor y la muerte». Prohibir los textos de Sade, aventuró el crítico literario Jean Paulhan, equivaldría a censurar obras que no eran más peligrosas que ciertos pasajes de la Biblia.

Esos argumentos no convencieron al juez. Halló culpable a Pauvert de ofender la moral pública, le impuso una multa de doscientos mil francos y ordenó la destrucción de los textos incriminatorios, incluido *Las 120 jornadas de Sodoma*. Pero, en la apelación presentada un año después, un tribunal superior anuló el castigo. Pauvert era ya libre de imprimir las obras de Sade, y las repercusiones se extendieron fuera del territorio francés. Inspirada por el caso Pauvert y por una trascendental decisión del Tribunal Supremo estadounidense, que en 1957 definía la obscenidad como material «sin ninguna importancia social», la iconoclasta editorial neoyorquina Grove Press empezó a lanzar ediciones no censuradas de los textos de Sade, comercializándolas como obras de relevancia cultural. Ninguna fue prohibida o confiscada, ni siquiera *Las 120 jornadas de Sodoma*. En años posteriores se abrieron las compuertas a ambos lados del Atlántico, y fueron salieron al mercado libros dedicados a temas picantes de toda índole sin que hubiera reacciones oficiales. Si podían publicarse las obras de Sade sin restricciones, habría que permitir todo lo demás.»

El imperio de las letras

«**Gérard Lhéritier había fundado Aristophil en 1990**, años antes de que sus negocios en Niza y Cannes sucumbieran a un escándalo. [...] El negocio fue relativamente modesto hasta el golpe maestro de Lhéritier en octubre de 2002. Pujando por teléfono durante una subasta de Christie's Nueva York que ofrecía documentos científicos, adquirió una colección de cartas entre Albert Einstein y su colaborador Michele Besso escritas en 1913. [...] Después de consultar a varios expertos, Lhéritier se convenció de que el manuscrito valía millones, una suma muy superior a los 559.500 dólares que había pagado por él. Pero, dado que había muy pocos coleccionistas que manejaran esas cifras, no sabía cómo podría venderlo. **Entonces se le ocurrió la idea de ofrecer acciones de propiedad conjunta a varias personas, una práctica común en el sector inmobiliario, pero no así en el de los manuscritos o el arte.** De ese modo, incluso las personas con medios modestos podían ser propietarias de parte de un documento costoso como eran las cartas de Einstein. Al cabo de dos semanas, Lhéritier había encontrado a casi cuatrocientas personas dispuestas a comprar acciones del texto por un precio total de doce millones de euros.»

«El Ministerio de Cultura, que supervisaba la biblioteca nacional, podía declarar tesoros nacionales las obras especialmente importantes que fueran a ser puestas a la venta, lo cual significaba que no podían salir del país ni ser comercializadas durante treinta meses mientras el Estado negociaba un precio de compra adecuado.»

«Poco antes de la entrega programada a la biblioteca nacional, **Lhéritier ofreció a los Nordmann cuatro millones de euros, quinientos mil euros más de lo que habrían percibido de la biblioteca.** [...] Dado que el Estado no quería o no podía superar la oferta de Aristophil, la biblioteca no tenía forma de obtener el rollo. [...] Trabajar con Aristophil parecía la única manera de devolver el manuscrito a Francia. Pero la idea de que el rollo cayera en manos de una entidad privada en lugar de una institución estatal no le gustaba, por lo que aumentó sus exigencias. [...] Lhéritier acabó abonando siete millones de euros por el manuscrito, impuestos incluidos, y una abultada comisión a la persona que lo ayudó a orquestar el acuerdo: Jean-Claude Vrain, el importante librero parisino y archienemigo de Frédéric Castaing, el detractor de Aristophil.»

«De regreso en París con el rollo en la mano, Lhéritier fue recibido con elogios. La prensa nacional aplaudió la repatriación del manuscrito y señaló que su precio de compra lo convertía en el tercer manuscrito más caro de toda Francia.»

«[...] el 25 de septiembre de 2014, un mes antes de la fecha prevista para la exposición que el Musée d'Orsay pretendía dedicar a Sade, Aristophil inauguró la primera muestra en su nueva sede: *Sade: el marqués de las sombras, el príncipe de las luces*. [...] En el centro de la sala, de un extremo a otro de la exposición, había una vitrina de cristal alargada. [...] Ahora, la vitrina contenía el plato fuerte de la exposición de Sade: el manuscrito desenrollado de *Las 120 jornadas de Sodoma*.»

«**Dupuis descubrió la pieza que faltaba para saber cómo la empresa podía inflar drásticamente los valores de sus participaciones antes de vendérselas a los inversores. Las subidas de precios parecían obedecer a generosas estimaciones proporcionadas por expertos bien remunerados.** Como afirmaba uno de los agentes de la empresa en una conversación telefónica interceptada por los investigadores, «Lhéritier cuenta con una red de expertos que evalúan sus obras. Él compra obras de arte y, dos o tres años después, hace que se cuadruple su precio gracias a una red de expertos con los que mantiene una relación de amistad.»»

Epílogo

«9 de julio de 2021. El anuncio llegó con poca fanfarria: tres años y medio después de declarar que *Las 120 jornadas de Sodoma* merecía ser un tesoro nacional y con el 232º Día de la Bastilla a la vuelta de la esquina, el gobierno francés hizo público que había adquirido el pergamino.»

«El manuscrito de *Las 120 jornadas de Sodoma* había sido creado en una de las prisiones más formidables de la historia y había sido testigo de las primeras salvas de la Revolución francesa. En el siglo XVIII se había movido en círculos clandestinos de coleccionistas de literatura erótica y había estado a punto de convertirse en propiedad del Imperio británico. Había ayudado a inspirar una revolución sexual y se había salvado por poco de las hogueras del Holocausto. Había dado lugar a una de las obras de arte más notorias del siglo XX, desatado disturbios y convertido a un pilar de la alta sociedad francesa en un revolucionario. Había sido robado y pasado de contrabando por toda Europa, y había caído en manos de una de las personas más ricas del planeta. Asimismo, se había convertido en el plato fuerte de una iniciativa que tenía por objetivo transformar la propiedad global de la palabra escrita, pero que acabó dejando en ruinas al mayor mercado de libros y manuscritos del mundo. Ahora, el viaje del pergamino había llegado a su fin en una biblioteca estatal, a menos de mil metros de donde había sido escrito, en el lugar que antaño ocupaba la Bastilla.»

Elenco de personajes

Sade

- DONATIEN ALPHONSE FRANÇOIS, MARQUÉS DE SADE. Aristócrata del siglo XVIII que escribió numerosos textos libertinos, entre ellos *Las 120 jornadas de Sodoma*.
- LOUIS MARAIS. Inspector de policía que investigó el mercado sexual del París prerrevolucionario.
- JEAN-BAPTISTE JOSEPH FRANÇOIS, CONDE DE SADE. Diplomático y aristócrata francés, padre de Sade.
- MARIE ÉLÉONORE DE MAILLÉ DE CARMAN. Noble francesa y madre de Sade.

- JACQUES FRANÇOIS PAUL ALDONSE, ABAD DE SADE. Intelectual de la Provenza y tío de Sade.
- RENÉE-PÉLAGIE DE MONTREUIL. Mujer de Sade.
- MARIE-MADELEINE DE MONTREUIL. La poderosa suegra de Sade, conocida como «la Présidente».
- ANNE-PROSPÉRE DE LAUNAY. Cuñada de Sade.
- GASPAR FRANÇOIS XAVIER GAUFRIDY. Abogado y notario de Sade.
- MARIE-CONSTANCE QUESNET. Actriz y madre soltera que se convertiría en la compañera de Sade después de la Revolución francesa.
- FRANÇOIS SIMONET DE COULMIER. Director del manicomio de Charenton, situado a las afueras de París, a principios del siglo XIX.
- LOUIS-MARIE, DONATIEN-CLAUDE-ARMAND Y MADELEINE-LAURE DE SADE. Los tres hijos de Sade.
- GILBERT LELY. Poeta surrealista y biógrafo de Sade.
- XAVIER DE SADE. Aristócrata de mediados del siglo XX y tataranieta de Sade.
- THIBAUT DE SADE. Asesor gubernamental y tataratataranieta de Sade.

El rollo

- ARNOUX. Ciudadano francés del municipio provenzal de Saint-Maximin-la-Sainte-Baume que encontró *Las 120 Jornadas de Sodoma* en la Bastilla.
- HÉLION DE VILLENEUVE, MARQUÉS DE VILLENEUVE-TRANS. Aristócrata provenzal del siglo XIX que coleccionaba literatura erótica.
- JULES-ADOLPHE CHAUVET. Ilustrador erótico francés.
- FREDERICK HANKEY. Célebre coleccionista de literatura erótica que pasaba libros de contrabando de Francia a la Inglaterra victoriana.
- HENRY SPENCER ASHBEE. Bibliófilo francés que acumuló una de las colecciones de literatura erótica más grandes del mundo y escribió una bibliografía en tres volúmenes sobre el género.
- IWAN BLOCH. Sexólogo alemán de principios del siglo XX.
- MAGNUS HIRSCHFELD. Compañero de Bloch que fundó el Instituto de Ciencias Sexuales en Berlín.
- MARIE-LAURE DE NOAILLES, VIZCONDESA DE NOAILLES. Parisina, influyente mecenas de las artes.
- CHARLES DE NOAILLES, VIZCONDE DE NOAILLES. Marido de Marie-Laure.
- MAURICE HEINE. Escritor francés y devoto de Sade.
- ANDRÉ BRETON. Líder de los surrealistas.
- NATHALIE DE NOAILLES. Hija de Marie-Laure de Noailles.
- JEAN GROUET. Editor radical francés.
- GÉRARD NORDMANN. Multimillonario y coleccionista suizo de literatura erótica.
- CARLO PERRONE. Nieto de Marie-Laure de Noailles y magnate de los medios de comunicación italianos.
- JEAN-JACQUES PAUVERT. Joven editor francés que publicó abiertamente las obras de Sade en la década de 1940, desafiando así la vieja prohibición vigente en el país.
- MARTIN BODMER. Heredero de una fortuna industrial suiza y conocido como «el rey de los bibliófilos».
- FLORENCE DARBRE. Experta suiza en conservación de papel y papiros.

El imperio de las letras

- GÉRARD LHÉRITIER. Fundador de Aristophil.
- JEAN-CLAUDE LE COUSTOMER. Gran inversor de Aristophil.

- KENNETH RENDELL. Destacado vendedor estadounidense de cartas y manuscritos.
- FRÉDÉRIC CASTAING. Importante comerciante parisino de manuscritos y en su día presidente de la asociación francesa de vendedores de libros raros.
- JEAN-CLAUDE VRAIN. Uno de los vendedores de libros raros más importantes de Francia y archienemigo de Castaing.
- ALAIN NICOLAS. Parisino, importante vendedor de manuscritos.
- BRUNO RACINE. Exdirector de la Bibliothèque Nationale de France.
- JÉRÔME DUPUIS. Periodista de investigación de la revista francesa *L'Express* que informaba sobre el sector editorial.
- CLAUDE AGUTTES. Fundador de la casa de subastas francesa Aguttes.
- EMMANUEL BOUSSARD. Adinerado banquero de inversión francés.



CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

659 45 41 80 / laia.barreda@planeta.es